

## Pan American Institute of Geography and History

---

Historia e Historiadores del Peru, 1943-1946

Author(s): Alberto Tauro

Source: *Revista de Historia de América*, No. 27 (Jun., 1949), pp. 1-43

Published by: [Pan American Institute of Geography and History](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/20137781>

Accessed: 26-10-2015 01:19 UTC

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



*Pan American Institute of Geography and History* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista de Historia de América*.

<http://www.jstor.org>

## HISTORIA E HISTORIADORES DEL PERU 1943 - 1946

En la vida y la cultura peruanas, largo tiempo constreñidas por la acción de fuerzas negativas y ahora impulsadas por ansias de dispar proyección, aparecen, vigorosas y claras, las líneas de un nuevo horizonte histórico. Hallarse en sus dominios impide calcular la profundidad y el alcance de las transformaciones que promete; pero su influjo traza ya una senda a la sensibilidad imperante en nuestros días, y obliga a descubrir la semilla antecedente, la condición de la savia y de la sombra que la cobija, la raíz humana de todo esfuerzo y toda esperanza. Y como esto es hacer historia, despunta en la conciencia una definida vocación que induce a saber y escribir la historia. Así es. Donde la anécdota tradicional ha sido elevada a la jerarquía de voz, testimonio y carácter de la realidad, el alma y el destino nacionales; donde las décadas han transcurrido sin alumbrar con nuevas luces el dato pretérito, a medias desvelado por las iniciales y a veces ingenuas restauraciones del 800; donde hay figuras próceres que permanecen olvidadas en el lienzo o la hoja impresa, sin haber herido la sensibilidad de un erudito que desempolvase su conducta donosa o su elocuencia y diese brillantez a la patinada melancolía grabada en sus imágenes por el olvido; donde la historia ha languidecido en las piedras de los muros y en los desiguales contornos de la geografía, invitando a los historiadores para que escrutasen cuanto en ella hubiese de secreto e intriga, hazaña y altivez, justicia y austeridad; donde las esencias antiguas enseñan al hombre

la lección del trabajo común y la espontánea fraternidad; en este Perú amable, favorecido por la leyenda y la fama, cada aliento impone a la conciencia una visión del pasado y parece conjurar el soplo airoso del tiempo que adviene. Las circunstancias de la hora presente gravitan sobre las afinidades y las concepciones de los historiadores; y, como en toda época de transición, la experiencia histórica señala caminos a quienes hoy construyen el porvenir. Vale decir que el pensamiento político-sociológico y la visión histórica se compenetran y auxilian, exigiendo al análisis de la época una imprescindible apelación a los tiempos idos—como se ve en los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, por José Carlos Mariátegui— e imponiendo carácter de testimonios actuales a muchos estudios históricos—tales como *Perú, problema y posibilidad*, por Jorge Basadre—. Por eso, la decisiva y palmaria historicidad de esta época no promueve únicamente la participación del individuo en las orientaciones de la acción y las ideas: incita a restaurar y comprender el pasado, porque sus episodios clausurados ilustran el pensamiento contemporáneo, y porque el desarrollo de nuestra sociedad es a veces dirigido u obstruído por viejas fuerzas que superviven en su entraña. Maestra serena, la visión histórica aparta de la razón maravillas supersticiosas y falsas impedimentas; y, siempre amiga, franquea al hombre los amplios predios del ensueño y el optimismo, cuando lo doblegan los excesos de la tarea o la asechanza. Lógico es que la Historia cobre auge en la coyuntura actual, y que su senda parezca excepcionalmente amplia y cautivadora.

### *Entidades adictas a los estudios históricos*

Una noche, alumbrada por los resplandores del incendio que destruyó la Biblioteca Nacional, algunas sendas de acceso hacia el pasado quedaron ocultas bajo los restos cinerarios de infolios y documentos singulares. Pero ya había dicho Manuel González Prada que la Biblioteca Nacional era en

verdad un “cementerio de libros”, y las llamas que la hicieron desaparecer tuvieron la virtud de abatir la incuria opuesta al cumplimiento de su función. Terminó la etapa del cuantioso pero ineficaz hacinamiento de volúmenes, del empirismo veleidoso y arbitrario, del celo egoísta que vedaba al estudioso las piezas más preciosas para su trabajo. Ahora, la Biblioteca Nacional busca, acopia y organiza cuanto han publicado y publican los peruanos, y cuanto se edita sobre Perú y sus hombres. Inclusive aquellos fundamentales manuscritos, que otrora fueran dolosamente vendidos al extranjero, vuelven en copias fotostáticas o fotográficas. Y henos ahora frente a una remozada Biblioteca Nacional, que ha dominado el fuego destructor hasta convertirlo en llama votiva prendida ante los lares de la sabiduría, que ha preparado en silencio el albergue propicio a la inquietud de los investigadores, y que se halla presta a ofrecer huella y derrotero para el estudio del pasado.

Simultáneamente se ha realizado la organización del Archivo Histórico del Ministerio de Hacienda y Comercio, durante largos años olvidado en un desván del vetusto edificio que ocuparon sus oficinas y por eso conservado con apreciable integridad. En 1940 fué dispuesta la catalogación de sus fondos, y ha venido efectuándose bajo la dirección de Federico Schwab con el suceso que demuestran los tres volúmenes publicados. El primero (1944) es propiamente un inventario donde se hace descripción superficial de los 1274 libros manuscritos de la sección colonial; y los dos restantes (1945-1946) ofrecen exacto pormenor de unos 6000 documentos y legajos correspondientes al primer lustro de la época republicana, con índices onomástico y analítico que alivian plausiblemente el trabajo del investigador. Por primera vez se emprende en Perú una labor de tal índole, pues los inventarios que Domingo Angulo pudo confeccionar en el Archivo Nacional son muy parciales, corresponden a documentos que proporcionan información histórica por añadidura o inferencia; y, por ende, mantienen al margen del registro los

fondos directamente atañedores a la historia. Pero aún es más notorio el caso del Archivo Histórico del Ministerio de Hacienda y Comercio, si se recuerda que el Archivo Nacional está sometido a simple guardianía, aunque reclama completa e inmediata organización; si se tiene en cuenta que, a despecho de los tiempos, permanece confiado a las telarañas el rico archivo de la antigua Audiencia de Lima, hipotéticamente entregado a la custodia de la Corte Suprema de Justicia. En defensa del patrimonio cultural del país, debe plantearse ya en sus debidos alcances la necesidad de centralizar y organizar adecuadamente los documentos que dan fe de nuestro pasado, y debe también encararse la necesidad de formar y reglamentar la profesión de archivero.

Pronto habrá de generalizarse esta demanda, pues los estudiosos e investigadores de la historia nacional admiten ya el abandono de su tradicional aislamiento. Parecen inclinarse hacia la coordinación de sus trabajos y el cambio de opiniones e informes acerca de ellos. Al efecto, integran asociaciones coherentes, bastante homogéneas, y más o menos activas. Tras un largo período de relativa pasividad, el Instituto Histórico del Perú ha sido reorganizado, nuevos miembros han sido incorporados a sus rangos, sus reuniones se efectúan con cierta periodicidad, pero aún no se perciben los frutos ni las manifestaciones externas de sus nuevas labores. En el Instituto Sanmartiniano es ya normal lo esporádico de su actuación pública, pero no cesa en su noble propósito de suscitar el interés de los especialistas por los estudios concernientes a la fundación de la república. Con fines específicos han comenzado a desenvolverse el Centro de Estudios Histórico-Militares y el Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas: el primero, ligado a las gestas patrióticas y a las concepciones heroicas de la Historia, trae a colación la conveniencia de aplicar los estudios históricos a la evolución de las actividades técnicas en el país; y el segundo, adicto a los entroncamientos familiares y las distinciones nobiliarias, compromete a fomentar el desarrollo

de los conocimientos auxiliares de la Historia. Por otra parte, la Sociedad Peruana de Historia agrupa a cultivadores de diversas especialidades y proyecta armonizarlas para favorecer la consiguiente elaboración de una síntesis histórica. Y en el seno de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos ha constituido el Centro Universitario de Investigaciones Históricas, para orientar a los alumnos en las fases preliminares de la investigación y avivar la vocación que en ellos pudiera hallarse latente. Un movimiento de esta naturaleza acusa expansión y crecimiento progresivos de los estudios históricos, y está indisolublemente asociado a la calidad y cantidad de las recientes publicaciones sobre la materia. Pero es menester que los historiadores perciban el peligro que el abandono cierne sobre las fuentes documentales; y que, así como la opinión respalda la obra de la nueva Biblioteca Nacional, se unan para obtener del Estado la buena conservación, la organización y la centralización de los archivos nacionales, y salvaguardar así la eficiencia de sus futuras investigaciones.

### *Historia y clave de la historiografía peruana*

El acceso al conocimiento histórico —expuesto en colecciones documentales, revistas y libros— ha sido asendado en un libro de Rubén Vargas Ugarte S. J., sobre las *Fuentes de la Historia del Perú*. Es un valioso trabajo de crítica y bibliografía, que proporciona exacta y copiosa información. En el curso de pocos años ha ganado los honores de la reedición (1939 y 1945),<sup>1</sup> lo cual ha dado oportunidad para la introducción de algunas reformas tipográficas —como el uso de letra pequeña para las informaciones suplementarias—, y para subdividir algunos capítulos. Sin embargo, su contenido es sustancialmente igual en las dos ediciones. Ello hace lamentar que tan importante esfuerzo de exposi-

<sup>1</sup> Cuando no se especifica el lugar de la edición, debe entenderse que ésta ha sido hecha en Lima.

ción no haya sido enriquecido con la mención de publicaciones nuevas, pero susceptibles de ser consideradas como fuentes para el estudio de la historia nacional; y que no se le hubieran agregado los índices necesarios para suplir los posibles inconvenientes del método adoptado en la ordenación.

Otro aporte de valía semejante se debe a Rubén Vargas Ugarte, S. J., a saber: los cuatro volúmenes aparecidos (1935-1945) bajo el común epígrafe de *Biblioteca Peruana*, en los cuales se describe varios millares de *Manuscritos Peruanos* existentes en bibliotecas y archivos de Perú, América y Europa. No es uniforme el molde adoptado en la descripción, pues oscila entre la afiebrada enumeración y la transcripción de los manuscritos. Pero en esos volúmenes se registra la documentación peruana existente en decenas de repositorios —que el autor ha visitado en el curso de los viajes hechos por disposición de su comunidad o por requerimiento de sus personales investigaciones—, y se brinda a la construcción histórica el dato preciso, el itinerario para la búsqueda, la base del aparato documental. Su discutible brillantez se adorna con los méritos que derivan de la utilidad de su contenido y de la ejemplar constancia revelada en la continuidad del esfuerzo.

Recientemente han vuelto a cobrar actualidad las colecciones de *Documentos Históricos* (10 volúmenes: Lima, 1863-1877), y *Documentos Literarios* (11 volúmenes: Lima, 1863-1877), publicadas por el coronel Manuel de Odriozola. Aunque sea deficiente su ordenación, y muy desigual la importancia de las piezas que incluyen, no son en verdad negligibles; pero habían quedado sólo a disposición de los eruditos, debido a la ardua dificultad de su consulta. Y, para favorecer tanto su inmediato aprovechamiento como su justa apreciación, Emilia Romero ha publicado un *Índice de los "Documentos" de Odriozola* (1946), cuyas notas sobre la procedencia y el valor de las piezas coleccionadas son cumplida anticipación de las operaciones eurísticas.

Pese a mantenerse inéditos en su forma definitiva, cabe dar especial relieve a los estudios que más exhaustivamente y

con mayor lucidez contribuyen a trazar la historia de la historiografía peruana. Me refiero, claro está, a los estudios de Raúl Porras Barrenechea sobre *Los Cronistas del Perú 1528-1650*, distinguidos en 1945 con el Premio Nacional de Historia. Su primer brote se halla en la Revista de la Universidad Católica del Perú (No. 4, abril de 1933), y sólo presenta semblanzas de cuatro cronistas que asistieron al primer momento de la conquista. A través de los años esas semblanzas fueron enriquecidas, algunas nuevas fueron agregadas, y entre unas y otras surgieron desconocidas estampas de cronistas y crónicas ignoradas; fué rebasado el primitivo propósito de estudiar únicamente los cronistas de la conquista, y a ellos han sido incorporados los historiadores que escribieron acerca del pasado peruano con criterio cronológico, recogiendo y ordenando ajenos testimonios. Así, la visión fragmentaria que José de la Riva Agüero obtuvo, al basarse en las figuras descollantes de algunos historiadores para exponer las transiciones de *La Historia en el Perú* (1910), ha quedado superada en cuanto concierne al ciclo de los cronistas; y, sin quitar una pizca a los méritos intrínsecos de las críticas dedicadas a dichos historiadores, ni a la bizarra iniciación de la historia de nuestra historiografía, no cabe duda que los estudios de esta índole son seriamente aventajados por la obra de Raúl Porras Barrenechea sobre *Los Cronistas del Perú 1528-1650*. No se limita a dilucidar la trayectoria biográfica, la veracidad, el estilo de la visión histórica y el relato de cada uno; identifica también las versiones populares y poéticas de la crónica, sus modalidades y proyecciones, el cariz psicológico de su aliento; y a través de tales datos restaura el proceso de la emoción suscitada por el conocimiento de este legendario país.

### *Etnografía y arqueología del Perú antiguo*

Muchos años hacía que no provocaban tan intenso y fructífero interés como en nuestros días los problemas vin-

culados a las migraciones originarias y a los restos ocultos de las más remotas civilizaciones peruanas. Estudios de etnografía comparada y exploraciones arqueológicas proporcionan ahora desconocidos elementos a la exacta definición del alma y el contorno antiguos del país. Un hallazgo aislado, el reconocimiento íntegro o parcial de focos culturales resguardados hasta hoy por la superposición de varias capas de polvo o por la maleza, ratifican la ilusión que sustentaba la leyenda y acrecientan la dimensión de nuestra propia sorpresa.

Con reconocida agudeza asoció el sueco Erland Nordenskiöld las enseñanzas de la etnografía y la arqueología en sus *Comparative Ethnographical Studies* (9 volúmenes: Goteburg, 1918-1931), basados en las ricas colecciones que formó durante sus viajes por la América Meridional, y entre los cuales es suficiente recordar los dedicados a *The copper and bronze ages in South America* (1921), o a *The secret of the peruvian quipus* (1925). De esos estudios ha sido recientemente traducido—aunque desprovisto de algunos apéndices—el relativo al *Origen de las civilizaciones indígenas en la América del Sur* (Buenos Aires, 1946), que establece las áreas de difusión de los principales elementos culturales americanos y aborda el sugestivo problema de la invención o la migración.

Etnográfica y arqueológica es, también, la orientación del *Handbook of South American Indians* (Washington, 1946), patrocinado por Smithsonian Institution y editado por Julián H. Steward, con la participación de numerosos especialistas. En cuanto afecta al Perú, se lo puede estimar como balance del estado actual de los conocimientos referentes a las civilizaciones prehispánicas e introducción a la realidad que viven los indios contemporáneos, supérstites de aquellas antiguas civilizaciones. A ello han contribuido: Wendell C. Bennett, con un sumario y comprensivo estudio sobre *The archeology of the Central Andes*; Rafael Larco Hoyle, revisando sus anteriores trabajos para compendiarlos

en *A culture sequence for the North Coast of Peru*; Luis E. Valcárcel, con una visión general de los centros arqueológicos cuzqueños y algunos artículos monográficos; John Howland Rowe, con un estudio histórico acerca de *Inca culture at the time of the Spanish Conquest*; George Kubler y Bernard Mishkin, presentando la evolución del indio en la época colonial y en nuestro tiempo, respectivamente; y, además, Hildebrando Castro Pozo, con una síntesis de la evolución social y económica de las comunidades. De manera que la consulta de tan importante conjunto de trabajos resulta indispensable como inmediato y seguro punto de partida para ulteriores investigaciones sobre las huellas arqueológicas y la realidad actual de los indios, presentes en la declamación de los políticos pero siempre olvidados en la hora de las soluciones.

Los horizontes arqueológicos han sido presentados en forma clara y sistemática por Hans Horkheimer, cuya *Historia del Perú* (en la *Epoca Prehispánica* (Trujillo, 1943), corresponde a las lecciones dictadas en la cátedra de Arqueología Peruana que regenta en la Universidad Nacional de Trujillo. Son precisas sus informaciones sobre las grandes culturas andinas; pero, en particular, destaca en dichas lecciones el interés por las culturas mochica y chimú, cuyas áreas de difusión se encuentran en las vecindades de la mencionada Universidad. Tan lógica inclinación ha sido posteriormente corroborada por el autor en sus *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú* (Trujillo, 1944), y en el anuncio de posibles descubrimientos en las ruinas dejadas por esas culturas. Pero, emigrado de Viena, la alegre ciudad entristecida por la bota nazi, Hans Horkheimer ha encontrado en aquellas ruinas factores más permanentes y amables que en la condición humana, y reclama custodia para preservarlas de despojos. Conoce palmo a palmo las ruinas prehispánicas del norte; hacia ellas conduce el interés de sus alumnos en atención a la facilidad y las ventajas del conocimiento objetivo; en ellas ha descubierto detalles stratigráficos y orna-

mentales que le han sugerido hipótesis sugestivas; y, sin embargo, teme librar de polvo y basuras algunos nuevos edificios de Chanchán u otras ruinas de la misma área, porque eso provoca la codicia de los buscadores de huacos y la inescrupulosa destrucción de aquello que unciosamente restaura el arqueólogo.

Pues bien. Al área norteña corresponde el sensacional descubrimiento de algunas momias de sacerdotes adornadas con los distintivos del dios local, hecho en la zona del cerro Sechín, en el valle de Virú. A esa área se refieren tres trabajos de arqueólogos norteamericanos, a saber: *Skeletal remains with cultural associations from the Chicama, Moche and Virú valleys* (Washington, 1943), por T. D. Stewart; *The North Highlands of Peru, Excavations in the Callejon de Huaylas and at Chavin de Huántar* (New York, 1944), por Wendell C. Bennett; y *Pre-incaic Huamachuco* (Berkeley and Los Angeles, 1945), por Theodore D. McCown. Los centros arqueológicos de Pachacámac, Chancay y Ancón, en la costa central, han sido escrutados por William D. Strong, Gordon R. Willey y John M. Corbett, cuyos trabajos aparecen en *Archeological studies in Peru 1941-1942* (New York, 1943). Sobre la relación de las culturas andinas del norte y el sur ha expuesto sagaces observaciones Alfred L. Kroeber en un libro titulado *Peruvian Archeology in 1942* (New York, 1944). Paul Fejos ha ofrecido una descripción de centros y caminos prehistóricos en *Archeological explorations in the Cordillera Vilcabamba, Southeastern Peru* (New York, 1944). Manuel E. Cuadros ha trazado una vista panorámica de *Las nuevas ciudades milenarias descubiertas en la región de Machupicchu* (Cuzco, 1943); y Luis A. Pardo ha presentado los avances de la investigación arqueológica, al lado de sus personales observaciones sobre la ciclópea ciudad de *Machupicchu* (Cuzco, 1944). Interés didáctico y cultural ha sabido dar Gustavo Adolfo Otero a su antología de los juicios que, acerca de *Tibuanacu* (Buenos Aires, 1943), han emitido viajeros, hombres de ciencia y ar-

queólogos. Y esta metrópoli megalítica del altiplano aparece minuciosamente estudiada en *Tibuanacu, the cradle of American man* (New York, 1945), obra a la cual dedicó Arthur Posnansky los más persistentes y mejores esfuerzos de toda su vida, y que muy bien puede estimarse como el más calificado trabajo sobre la materia.

Pero, en verdad, la Arqueología peruana ha tenido como principal sustentador a Julio C. Tello, el descubridor de la cultura Paracas y de un desconocido período lítico en la cultura Pachacámac. Ha efectuado una serie de exploraciones cuyos resultados se hallan en la revelación de nuevos horizontes arqueológicos en centros tales como Chavín, Nepeña, Wari, Sechín, Ninamarca, Yanamarca y Chokta. Con el propósito de "ordenar, clasificar, localizar en sus áreas respectivas y en el tiempo, los restos arqueológicos del área andina, a la luz de los nuevos hechos adquiridos", ha publicado un fundamental trabajo sobre el *Origen del desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas* (1942), cuyo esquema dió a conocer en el XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Allí ha expuesto su teoría acerca de la sucesión de cuatro edades en el desenvolvimiento del Perú prehispánico, lo cual ratifica en cierta manera las aseveraciones de Guamán Poma y difiere de la teoría anteriormente sustentada por el propio Julio C. Tello en *Antiguo Perú* (1929), sobre las tres épocas de la cultura prehispánica andina. Además, en su estudio *Sobre el descubrimiento de la Cultura Chavín en el Perú* (1943 y 1944), aborda el particular problema de los caracteres y las relaciones de esa cultura, así como su difusión en las áreas dominadas por el Imperio de Tawantinsuyo. De manera que se afianza la reconocida autoridad de Julio C. Tello, merced al dominio de los horizontes arqueológicos peruanos y la puntual observación de sus interrelaciones y correspondencias, en el tiempo y en el espacio.

### *Historiadores del Perú antiguo*

Propios y extraños han continuado explorando los secretos históricos del Imperio Inca, atraídos por el encanto de su leyenda y el complejo carácter de su aventura humana. Aparte las resabidas síntesis de los expositores, ha surgido aquí algún sutil punto de vista, allá el hábil sondeo en alguna actividad subestimada antes.

En traducción española de José Antonio Arze, el lector común tiene acceso al penetrante análisis de las relaciones sociales de producción, las instituciones económicas y las formas de trabajo que Louis Baudin presenta como definitorias de *El Imperio Socialista de los Incas* (Santiago de Chile, 1943). Al mismo debemos un breviarío sobre *Les Incas du Perou*, (París, 1944). Y dos acuciosas monografías han revelado facetas que suponen en los incas el dominio de una técnica y un claro concepto de la vida, respectivamente: la primera, de Sergio Quevedo, se refiere a *La trepanación incana en la región del Cuzco* (Cuzco, 1944), y en 1945 mereció el Premio Nacional de Medicina; y la segunda, de Emilia Romero, trata sobre los *Juegos del Antiguo Perú* (México, 1943), obligando a desvirtuar la creencia de Baudin en una pasiva felicidad de los indios, y a establecer una asociación inicial entre esos juegos y las meditaciones de Huizinga sobre el "homo ludens".

Al enfocar la declinación del Imperio Inca y la conquista española, parece acentuarse la tendencia a considerar la reacción espiritual y social de los indios. La repetida crónica de los viajes de Pizarro y sus peripecias ha quedado aparentemente reservada a los hispanistas. Y, así, cuando Nephtalí Zúñiga analiza el conflicto sociológico y cultural determinado por la conquista, traza la señera silueta del último inca, *Atabualpa o La tragedia de Amerindia* (Buenos Aires, 1945). A Gonzalo Rubio Orbe le interesa la personalidad de *Rumiñabui Ati II* (Quito, 1944), caudillo que se rebeló contra los conquistadores después de la muerte de Atahualpa.

Y Ella Dunbar Temple desempolva las huellas trasegadas y oscuras de *La Estirpe de Huaina Cápac* (tesis inédita, presentada a la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 1945), de esos príncipes a quienes los españoles aprovecharon a veces para dirigir contra sus rivales el encono de los indios, o que sucumbieron en alguna audaz revuelta contra los invasores. Zúñiga y Rubio Orbe han destacado el drama individual, como símbolo de una oposición dialéctica, y Ella Dunbar Temple ha sabido ver el problema de la casta inca en su tránsito hacia la humillada subordinación; aquéllos han interpretado los vacíos de la documentación, en tanto que ésta ha practicado una vasta y sobria restauración histórica; pero unos y otra han escrutado en el aliento acesante y desconcertado del indio que sufrió la conquista.

Nuevos puntos de vista, sugeridos por la comparación y el análisis antropológicos, han sido incorporados por Luis E. Valcárcel a la *Historia Antigua del Perú* (Tomo I, 1943). No incide en la narración y la anécdota, ni en la usual caracterización de las manifestaciones culturales. Identifica los problemas del conocimiento histórico en lo referente a la época prehispánica, y los confronta con los principios sistemáticos y los resultados netos de la historia universal. E ingresa, con seguro criterio, en el complejo cultural del Perú antiguo, evitando el rutinario aislamiento de cada elemento y enjuiciando las imbricadas relaciones de todos.

Otro tipo de innovación, referente a la cronología y la sucesión dinástica de los incas, pretende efectuar José Imbelloni en *El Inkario crítico* (Buenos Aires, 1946). Trata sobre las antiguas edades del Perú, sin conocer los trabajos de Julio C. Tello; se basa en una tesis de Arthur Posnansky, pero él mismo la tacha por su "desorden", su "desenvoltura funambulesca" y su falta de "dignidad científica"; cita como autoridades a historiadores de tercera mano y, lo que es más pintoresco, un almanaque. Pero esto no le empece para atribuir "naturaleza precaria" a "la documentación en que se

sostiene la historiografía del período de los reyes del Cuzco”; de un plumazo, niega autoridad y veracidad a esa historiografía, estimándola amparada por “las exigencias de la didáctica y la información escolar”, y por “el amor propio nacional inseparable del pueblo peruano”; y, en fin de cuentas, concluye que sólo “a raíz de (sus) averiguaciones” la historia peruana “se agranda en perspectiva y se ahonda en posibilidades de veracidad”. Nos recuerda a esos malos poetas que ridiculizan a los buenos cultores de las musas para consagrarse por eliminación. Y porque ya nos son conocidos el lenguaje rústico, la vanidad y la suficiencia de este escolar divulgador de la culturología, nos limitamos a sonreír ante su gesto descomedido.

### *Garcilaso y Guamán Poma, los cronistas más estudiados*

Desde que Paul Rivet publicó la edición facsimilar de la *Nueva Crónica y Buen Gobierno* (París, 1935), era posible prever que las abigarradas informaciones y los dibujos de Guamán Poma habrían de cautivar el interés de los historiadores, dando margen al comienzo de una nueva fase en las especulaciones sobre la civilización prehispánica. En efecto: los comentarios, exégesis y confrontaciones han iniciado el sondeo de la penumbra reinante en torno a los señoríos primitivos, sobre los cuales calló discretamente Garcilaso por no tener de ellos tantas y tan fidedignas noticias como de la monarquía inca. La tendencia aparece ya en el imprescindible ensayo de interpretación que Julio C. Tello dedicó a *Las primitivas edades del Perú* (1939), así como en el estudio de José Varallanos sobre *El Derecho Inca según Felipe Guamán Poma de Ayala* (Huancayo, 1943). Ha dado lugar a parciales versiones de José María Arguedas y José Varallanos; a la publicación de una selecta serie de los dibujos del cronista, hecha por Luis M. Baudizzone (Buenos Aires, Colección Mar Dulce, 1943); y una completa versión, anotada por Arthur Posnansky (La Paz, 1944). La intriga novelesca de sus pe-

ripecias ha sido seguida por Guillermo Lohmann Villena, quien ha exhumado una carta de Guamán Poma (Revista de Indias: Año VI, No. 20; Madrid, abril-junio de 1945), fechada en Huamanga el 14 de febrero de 1615 y dirigida al rey Felipe III, anunciándole tener listo un "tratado de cronica general" que desea enviarle para poner en su conocimiento los tratos de los españoles para con los indios; y por Raúl Porras Barrenechea, a través de *El rastro autobiográfico de Huamán Poma* (La Prensa; Lima, 28-VII-1945), anticipación de su citado libro sobre los cronistas. Y entre los numerosos ensayos que le han dedicado los estudiantes destaca, por su prolijidad, el de Abraham Padilla Bendezú acerca de *El parentesco de Garcilaso y Huamán Poma* (El Comercio: Lima, 30-V-1945). De manera que, sin peligro de incurrir en hipérbole, es posible hablar de un seguro progreso en el esclarecimiento y la comprensión de la *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, singular pieza de la historiografía peruana.

También puede hablarse de un vasto refloramiento en cuanto afecta a los estudios garcilasistas. No es necesario mencionar el antológico discurso que en elogio del Inca pronunció José de la Riva Agüero, al cumplirse el tercer centenario de su muerte; ni el acucioso análisis que el mismo dedicó a la primera parte de los *Comentarios Reales*; ni la polémica que sostuvo con Manuel González de La Rosa para defender la honestidad del cronista cuzqueño. Tampoco es necesario referirse a los libros, discursos y artículos que evocaron la personalidad y la obra del Inca Garcilaso de la Vega durante la conmemoración del cuarto centenario de su nacimiento. La nueva corriente garcilasista está más próxima a nuestra experiencia. Se halla revelada en la nueva edición de los *Comentarios Reales* (6 volúmenes, 1941-1946) que Horacio H. Urteaga ha incluido, con algunas elementales anotaciones, en su Colección de Historiadores Clásicos del Perú; en la hermosa edición cuidada por Angel Rosenblat (Buenos Aires, 1943-1944) y que ostenta reproducciones facsimilares de las viñetas y las letras capitales que ornaron las ediciones prin-

cipes de Lisboa y Córdoba; en el rápido agotamiento de las páginas escogidas que han dado a la publicidad Luis Alberto Sánchez (Santiago de Chile, 1941), Augusto Cortina (Buenos Aires, Colección Austral, 1942 y 1946) y Julio Noé (Buenos Aires, Colección Estrada, tres ediciones sin fecha); en los extractos antológicos y la nueva edición de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo, traducidos por Garcilaso en 1589; en el anuncio de la ya esperada reedición de *La Florida del Inca*; y, desde luego, en la constante presencia del genial mestizo en las simpatías de todos los peruanistas. Allí está la *Relación muy breve y elogiosa de la vida y obra de Garcilaso Inca de la Vega, primer escritor criollo del Perú* (Caracas, 1943), debida a Casto Fulgencio López. Allí, también, la ágil biografía novelada en que Luis Alberto Sánchez traza una visión de *Garcilaso Inca de la Vega, primer criollo* (Santiago de Chile, 1939, ?, 1943 y 1945). Allí el penetrante ensayo de Raúl Porras Barrenechea sobre los valores espirituales e históricos de *El Inca Garcilaso de la Vega* (1946); los extractos y glosas en que Juan B. Lastres estudia la afinidad entre *Garcilaso y la Medicina* (Anales de la Sociedad Peruana de Historia de la Medicina: Vol. VII, págs. 137-177; Lima 1945); y, a mayor abundamiento, el muy concienzudo y elegante estudio biográfico que Aurelio Miró Quesada Sosa ha dedicado a la personalidad de *El Inca Garcilaso* (1945), dando a conocer el testamento de Isabel Chimpu Ocllo y la existencia de un hijo del cronista, e incorporando sagaces observaciones a su fisonomía carnal y su carácter humanista. Se trata, sin disputa, de un reiterado y admirativo homenaje a la figura del más renombrado historiador peruano, ejemplar amante de su tierra natal, discreto y cauteloso en sus indirectas refutaciones a los prejuicios aceptados en su época al tratar sobre personas y cosas del Perú y América, equilibrado y veraz en sus informaciones y palabras, austero y digno en su vida retirada.

Como tributo a Garcilaso podría tomarse la edición de los fragmentos que, según se afirma en los *Comentarios Rea-*

les, pertenecieron a una *Historia de los Incas* escrita por Blas Valera, jesuíta a quien se atribuye, además, una relación sobre *Las costumbres antiguas del Perú*, inserta en el mismo volumen (1945) con notas de Francisco A. Loayza. Y, obligando a recordar un viejo aserto en que Garcilaso afirmaba haber sido destruídas, antes que conocidas, las cosas de esta tierra, Francisco A. Loayza ha publicado, también en un volumen (1943), las crónicas alusivas a la *Destrucción del Perú*, de "el chileno" Cristóbal de Molina, y a las *Fábulas y Ritos de los Incas*, escrita por "el cuzqueño" Cristóbal de Molina y defectuosamente editada por Horacio H. Urteaga en su Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú.

Pero aún debemos hacer muy especial mención de la *Historia del origen y genealogía real de los Reyes Incas del Perú*, de Fray Martín de Murúa (Madrid, 1946), editada con anotaciones de Constantino Bayle S. J., quien no toma en cuenta la publicación que de ella hizo Horacio H. Urteaga, en su Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, porque equivocadamente respetó éste "lo deshilvanado y aún roto de las frases, la puntuación sembrada a voleo, el trastrueque de sílabas y letras", y porque no sospechó la falta "de veinte capítulos enteros" en la copia que utilizó; y estas mismas tachas cabe aplicarlas a la nueva edición (1946) de esa crónica, pese a que en ella enmienda Francisco A. Loayza algunos de los más ostensibles defectos de la patrocinada por Urteaga.

### *Cronistas de la Conquista*

"Entre armas y caballos" discurrieron durante largos años los conquistadores, porque debían prevenir o apaciguar el descontento de los indios y, sobre todo, porque habían menester de una defensa presta para sortear los disturbios promovidos por las ambiciones. "Entre armas y caballos" crióse Garcilaso. Y, "estando tan ocupado en las cosas de la guerra,

muchas veces cuando los otros soldados descansaban (me cansaba yo escribiendo”, refiere Pedro Cieza de León, el más castizo y fecundo de los cronistas españoles, que muy bien honró sus “dos oficios de escribir y seguir a (su) bandera y capitán”. Llevó a término una extensa *Crónica del Perú*, dividida en cuatro partes. La primera (Buenos Aires, 1945; y México, 1946) es una descripción general del país, de las costumbres indígenas en la época de la conquista, y de las fundaciones españolas; la segunda trata *Del Señorío de los Incas* (Buenos Aires, 1943); la tercera, sobre el descubrimiento y la conquista, ha sido recientemente hallada por Rafael Loredo, quien, a manera de primicia, ha ofrecido los quince capítulos iniciales (*Mercurio Peruano*, agosto de 1946); y es muy lógico esperar que pronto sean reeditados los cinco libros de la cuarta parte, en los cuales se hace animado y veraz relato de los tumultuosos sucesos de las guerras civiles.

Con notas dedicadas al lector profano en asuntos de la historia peruana, Julio le Riverend ha publicado (México, 1946) tres testimonios de cronistas, que a su juicio permiten dominar la escena de la época: la *Verdadera relación de la conquista de la Nueva Castilla*, por Francisco de Xerez, a la cual suele atribuírse el mérito de haber sido la primera crónica de tal acontecimiento; la *Crónica del Perú*, por Pedro Cieza de León —a la cual aludimos ya—; y la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, por Agustín de Zárate, cuya objetividad ha sido también honrada con una edición limeña (1945). Sobriamente presentada por Ernesto Morales, desde hace tiempo vinculado a la difusión del folklore y la historia de nuestro país, ha aparecido la *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían* (Buenos Aires, 1944), escrita por Pedro Pizarro cuando ya se habían aquietado los estruendos de las guerras civiles y el juicio podía dominar los arrestos de las simpatías y las diferencias personales. Luciendo en cambio el fervor que inspiraba a su autor

la adhesión al rey y al destino imperial de España —hoy recordado bajo su nombre en el Instituto de Investigaciones Históricas que en Madrid patrocina el Consejo Superior de Investigaciones Científicas—, ha sido lanzada una nueva edición de la *Historia General y Natural de las Indias* (14 volúmenes: Buenos Aires, 1944-1945), del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya tercera parte trata de los hechos acaecidos desde el descubrimiento y la conquista de Perú hasta la pacificación de La Gasca.

Y la misma gesta ha sido vista —desde los umbrales del siglo XVII— por Antonio de Herrera, el cronista peninsular de aquellas celebradas “décadas” que abarcan puntualmente la *Historia general de los hechos de los castellanos, en las islas, y Tierra-firme de el Mar Oceano* (8 volúmenes: Buenos Aires, 1944-1945), cuyo exacto seguimiento se hace bastante arduo porque no aparecen en esta nueva edición las indicaciones cronológicas insertas en los folios de la primera, y que Antonio Ballesteros Beretta agregó a los epígrafes de cada capítulo en los últimos volúmenes de la edición (Madrid, 1934) que preparó por acuerdo de la Real Academia Española de la Historia.

### *Historiadores de la Conquista.*

En su prosa lozana y sus descripciones pintorescas, la ya clásica *Historia de la Conquista del Perú* (Buenos Aires, 1943; Río de Janeiro, 1946), de William H. Prescott, ha difundido la visión tradicional de la bizarra empresa española, que detuvo el desarrollo de la cultura inca y le sobrepuso las avanzadas formas de la cultura occidental, en medio de los vaivenes determinados por las luchas de los conquistadores entre sí y por sus sordas insurrecciones contra la imposición de los designios reales. Grávido momento, y de excepcionales sugerencias fué aquél, porque jamás había sido posible sospechar el encuentro de dos pueblos en edad cultural tan disímil y de dos concepciones del mundo tan diversas.

Por eso han sondeado en sus proyecciones tantos historiadores: A. F. Tschiffely, en *Coricancha, narración de la conquista del Perú* (Madrid, 1944), ha tomado como símbolo un incentivo de la codicia, pero destaca sobre todo el anhelo civilizador de los españoles; F. A. Kirkpatrick, en su relato sobre *La conquista de América del Sur* (México, 1945), aborda en verdad el descubrimiento, la conquista y las guerras civiles entre los conquistadores del Perú; Cristóbal Real incide en los mismos hechos, cuando acentúa la "leyenda dorada" urdida en torno a la misión civilizadora de los conquistadores *En las tierras de oro del Imperio del Sol* (Madrid, 1945); Charles Fletcher Lummis rechaza la "leyenda negra" en su conocido estudio sobre *Los exploradores españoles del siglo XVI* (Buenos Aires, 1945), hace la "vindicación de la acción civilizadora española en América", y estima como "ejemplares" a Francisco Pizarro y sus compañeros de armas; y, dando relieve a la personalidad de *Pizarro* (Madrid, 1945), Felipe G. Ruiz estudia la conquista de Perú.

Como representante epónimo de la magnífica aventura emprendida por los conquistadores, Francisco Pizarro ha concitado un reiterado interés, que oscila entre la exhumación de textos antañones hasta el novísimo análisis de impulsos y carácter, desde la evocación novelesca hasta el estudio de cabal madurez. Nuevas faces de su realidad humana y de su gesta son agregadas a la imagen escolar. Tal se ve en el detenido estudio que a su vida y su obra dedica Raúl Porras Barrenechea desde hace tres lustros; o en la novela biográfica debida a Rosa Arciniega (Madrid, 1936; Santiago de Chile, 1941). Su característica tenacidad aparece en las inseguras alternativas que hubo de vencer cuando sus barcos surcaban las desconocidas aguas del Mar del Sur, en busca del fabuloso imperio cuya fama corría ya entre los pobladores del istmo de Panamá, y a través de esos afanes lo han visto Emilia Romero y Fernando Romero, al establecer su *Probable itinerario de los tres primeros viajes marítimos para la conquista del Perú* (México, 1943). Su optimismo de visionario destaca en el desdén que por los timoratos demostró, y gracias al

cual ganó para su empresa a *Los Héroes de la Isla del Gallo* (1944), aquellos que para Carlos A. Romero siguen siendo “los trece de la fama” a pesar de las informaciones históricas acumuladas durante los cuarenticinco años transcurridos desde que su trabajo apareció por primera vez. En sus líneas de prestancia clásica luce la figura de Francisco Pizarro, según la evoca el mesurado pero elocuente estilo de Manuel José Quintana (Buenos Aires, 1943 y 1945). Estanislao Volski (Buenos Aires, 1944) y Luis Manrique (Buenos Aires, 1945) han trazado sendas biografías, intentando escrutar los móviles del conquistador y definiendo los caracteres de su personalidad y su legado histórico. Hoffman Birney ha calificado a los Pizarro como *Los hermanos del destino* (Buenos Aires, 1946), en su sencillo relato sobre la conquista. Y gracias a su vocación de legista, Guillermo Fernández Dávila ha restablecido las circunstancias concomitantes en *El asesinato de Francisco Pizarro* (segunda edición, 1945), y ha logrado un trabajo documentado y original, que fija la tensión de la escena y los pormenores del delito en ella consumado.

El aliento heroico de esos años no admite la tregua blanda, ni la áurea mediocridad prometida en la población de las ciudades. Tras el mutismo receloso de los indios y en las asperezas naturales, muchos conquistadores vislumbran la existencia de algo insospechado. De la gesta brotó así la leyenda. El encanto de ésta llevó la planta del hombre hacia dos países maravillosos: uno, de las amazonas, que el poeta imaginó como “eterno espanto del orbe”; y otro, emporio de fabulosas riquezas, bautizado con el simbólico nombre de El Dorado. Y es evidente que esos episodios mantienen hoy su atractivo. La relación de Fray Gaspar de Carvajal sobre el *Descubrimiento del Río de las Amazonas* (Madrid, 1944) ha sido reeditada, con las notas que le pusiera José Toribio Medina al revelarla; sin profundidad histórica, pero con visión geopolítica, Caryl P. Haskins ha querido ver en la naturaleza amazónica, así como en los sucesos pasados y posibles de su contorno *The Life history of a mighty river* (Nueva

York, 1943); y las esforzadas penurias de los descubridores, calificados como *Argonautas de la Selva* (México, 1945), han sido sagazmente noveladas por Leopoldo Benítez Viñueza. Por otra parte, la ilusionada búsqueda de El Dorado, que llevó a crueles extremos la tenacidad y la violencia delirante de Lope de Aguirre, ha sido psicológicamente estudiada por Juan B. Lastres y Alberto C. Seguí (1942). Pero la frase sobria y la vasta información de Constantino Bayle S. J. han precisado la ubicación del El Dorado en los dominios de la utopía, y han definido el acento de las aventuradas penetraciones que, tras *El Dorado Fantasma* (segunda edición; Madrid, 1943), llevaron a los españoles hasta el país de la canela y las amazonas, y precipitaron a los "marañones" en la desesperación. O quizá descuella mejor el carácter del rebelde en el frío *Historial de la expedición de Pedro de Ursúa al Marañón y de las aventuras de Lope de Aguirre* (1942), escrito con parsimonia de cronista conventual por el franciscano Pedro Simón; y tal vez mantiene su inicial sugestión el minucioso y razonado testimonio vertido por Francisco Vázquez al historiar la *Jornada de Omagua y Dorado* (Buenos Aires, 1945).

A esos bravos hombres, que desafiaron lo desconocido para ir en pos de su quimera, se deben las fantásticas versiones sobre las extrañas y prodigiosas formas que en la selva amazónica exhibía la naturaleza. Y los ensueños, forjados ante sus ojos por la fiebre y la alucinación, alentaron la gran utopía de un erudito. Según sus noticias, los pobladores de las Indias Occidentales "nunca aspiraron a más riqueza que la bastante para sustentarse, ni a más sustento que al necesario para vivir"; y cuando llegaron los españoles, hubieron "tanto de qué gozar que lo insaciable del apetito humano parece quedó satisfecho". A la luz de su asombrosa erudición clásica y bíblica confronta esta halagüeña realización de la quimera, saca a relucir vastos conocimientos de la geografía y la cultura de las Indias, y opina que en éstas debió hallarse el Paraíso. Así ha sublimado Antonio de León Pinelo aquella fa-

bulosa leyenda de El Dorado, en las páginas de *El Paraíso en el Nuevo Mundo* (1943), que en edición princeps ha publicado Raúl Porras Barrenechea a los trescientos años de haber sido escritas.

### *Interpretaciones y Documentos*

Tanto o más importante que el esclarecimiento de los hechos y la mejor comprensión de los personajes que en ellos participaron es, por otra parte, la fijación de los estímulos determinantes de la conquista. En sus términos persiste la vieja disputa entre hispanistas e indianistas; pero netamente empieza a surgir una nueva escuela de interpretación, que elude tanto la justificación absoluta como la denostación de la conducta histórica seguida por los conquistadores y, sin caer en el eclecticismo, busca la comprensión de las causas y la razonada explicación del complejo factual. Esta tendencia anima a Federico Fernández de Castillejo cuando intenta sorprender *La ilusión en la conquista* (Buenos Aires, 1945) y destaca un factor de indudable trascendencia: pues, bajo la plena influencia del renacimiento cultural, no debió ser la codicia el acicate exclusivo. En sensibilidad abonada recayeron las fabulosas leyendas sobre América, y muchos conquistadores debieron tomar esta tierra como el mundo maravilloso forjado por su fantasía. Sin llegar a un resultado tan neto en esta dirección, algunos ensayistas han destacado en la conquista valores predominantes: para Vicente D. Sierra es fundamental *El sentido misional de la conquista* (Buenos Aires, 1944), por ejemplo; y *La conquista española juzgada jurídica y sociológicamente* (Buenos Aires, 1944), hacer ver a Alfonso María Mora el punto de partida de la legislación indianista contemporánea, aunque los dictados de las leyes de Indias hubieran sido eludidos en cuanto beneficiaban a los indios. Pero la coyuntura política de la España actual ha alentado, con especial persistencia, la rehabilitación de la "leyenda dorada". En su *Historia de la leyenda negra hispano-*

*americana* (Buenos Aires, 1943), Rómulo D. Carbia ha negado a ésta la más mínima sustentación y, por ende, ha defendido la "leyenda dorada". Idéntico propósito muestran: Feliciano Cereceda, en la *Historia del Imperio Español y de la Hispanidad* (Madrid, 1943); la reedición de *La Humanidad de los españoles en las Indias* de Juan Nuix (Madrid, 1944); y Luis Hernández Alfonso en su estudio histórico-político sobre el Virreinato del Perú (Madrid, 1945).

Aunque no aporte nuevos datos, es interesante la perspectiva que Marcel Brion distingue en los problemas sociales de América, al trazar una semblanza de *Bartolomé de las Casas, padre de los indios* (Buenos Aires, 1945). Pero los efectos de la conquista sobre la estructura de la sociedad y, en particular, sobre la situación de los indios, aparecen a través de los *Ensayos sobre la colonización española en América* (Buenos Aires, 1944), en los cuales vierte Silvio Zavala su familiar conocimiento de la documentación sobre el régimen de trabajo y, partiendo de una clara exposición de los fundamentos de derecho alegados por España al conquistar América, pasa a estudiar las instituciones sociales de los primeros tiempos, y llega a caracterizar la organización que los españoles aplicaron a la sociedad de este Nuevo Mundo.

Ante el estudioso, las providencias adoptadas por los conquistadores y las ideas en que ellas se inspiraron aparecen, cabalmente, en dos importantes colecciones documentales: *Cedulario del Perú* (volumen I, 1944), cuya publicación ha sido iniciada por Raúl Porrás Barrenechea; y *Cuerpo de Documentos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y Filipinas* (México, 1943), descubiertos y anotados por Lewis Hanke y editados por Agustín Millares Carlo. El primero ofrece una transcripción completa de las cédulas reales correspondientes al período 1529-1534, durante el cual fué preparada y afianzada la conquista, y, aparte de su interés general para la construcción histórica, es valioso por la abundante información que en dichas cédulas se halla sobre los antecedentes y servicios de los conquistadores. El

segundo reúne diez tratados o disertaciones, en los cuales sus autores exponen y defienden los derechos que España alegaba para hacer la guerra contra los indios, y para exigirles tributo o servicio personal; y, por ende, contiene la expresión de la ideología que animó la empresa de conquista y justificó la organización del régimen colonial.

### *Historiadores de la Colonia*

No existe un estudio moderno que restaure el pasado colonial en forma íntegra y coherente. Se diría que prevalece el juicio estructurado bajo el imperio del romanticismo, y que aún se caracteriza dicha época por la anécdota y la cortesanía, o como un largo y poco atractivo hiato. Pero ensayos y monografías penetrantes contribuyen a definir la realidad y el contorno del coloniaje, favoreciendo una mejor y más exacta comprensión de sus fastos. Personalidades y administraciones de varios virreyes han sido objeto de monografías que contribuyen eficazmente a la preparación de esa historia general que aún reclama el Perú colonial. Y no es preciso referirse a las semblanzas sobre Antonio de Mendoza y Luis de Velasco, segundo y noveno virreyes, trasladados desde el gobierno de México y respectivamente estudiados por Gustavo Avalos Guzmán (México, 1941) e Ignacio Rubio Mañé (México, 1946) en cuanto atañe a la gestión que allí cumplieron. Ni es preciso mencionar tampoco la notable investigación que Roberto Levillier ha dedicado a Francisco de Toledo, el organizador. Basta recordar la precisa restauración del siglo XVII, lograda por José Luis Múzquiz de Miguel y Jorge Basadre al historiar los hechos acaecidos bajo dos gobernantes que, en cierta manera, representan las tendencias imperantes durante la primera y la segunda mitades de aquel siglo: Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, conde de Chinchón, y Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos.<sup>2</sup> En

<sup>2</sup> Además del citado estudio sobre *El Conde de Lemos, Virrey del Perú* (Madrid, 1946), ha aparecido otro de Guillermo Lohmann Villena que no hemos logrado ver.

ambos casos ha sido eludida la biografía, porque se ha tomado la acción de los virreyes como incentivo y límite para restaurar el estado del país en esos tiempos. Pero las imágenes difieren ostensiblemente: pues *El Conde de Chinchón* (Madrid, 1945) ha sido presentado por un frío curial, que se limita a coordinar y glosar con frases convencionales los asertos de los documentos oficiales, redactados bajo el gobierno de ese virrey por sus criados y validos; en tanto que *El Conde de Lemos y su tiempo* (1945) han suscitado la atención emocionada y severa de quien prefiere restablecer el tono general de la vida sin constreñirse a la gestión administrativa, y en una visión de conjunto evoca a personajes y truhanes, la economía y el derecho, la cultura y la religión. Y, siquiera en forma sumaria, Cayetano Alcázar Molina ha tratado la acción de los Borbones sobre Perú y sus dependencias, en su historia de *Los virreinos en el siglo XVIII* (Barcelona, 1945).

En cuanto al ordenamiento político y administrativo de la colonia, tienen relevante importancia los documentos y estudios histórico-jurídicos. Tales son: *Libro primero de la Recopilación de las cédulas, cartas, provisiones y ordenanzas reales*, preparado por Juan de Solórzano Pereyra cuando era oidor de la Audiencia de Lima y se cuenta entre los antecedentes de la Recopilación de 1680, que ahora ha sido publicado por Ricardo Levene (Buenos Aires, 1945); el manual de procedimientos administrativos que Joseph de Veitia Linage puso a disposición de los funcionarios coloniales, bajo el revelador epígrafe de *Norte de la contratación de las Indias Occidentales* (1672; y Buenos Aires, 1945); el estudio de Rafael Gómez Hoyos sobre *Las leyes de Indias y el derecho eclesiástico en la América Española e Islas Filipinas* (Medellín, 1945) que, en atención al propósito misional de la conquista y la colonización, tiende a establecer la inspiración canónica de los legisladores; y la síntesis monográfica de Manuel Belaúnde Guinassi acerca de los orígenes, reglamentación y presunta extinción de *La encomienda del Perú* (1945).

Lo son, también, los autorizados trabajos en que José María Ots Capdequí resume sus investigaciones sobre la acción ejercida por el espíritu y la letra de las Leyes de Indias, vale decir, sobre el orden teóricamente dado a la realidad americana: *Manual de Historia del Derecho Español en las Indias y del Derecho propiamente indiano* (2 volúmenes: Buenos Aires, 1943), *El estado español en las Indias* (México, 1941 y 1946) y *El siglo XVIII español en América* (México, 1945).

La orientación mercantilista de la economía española obligaba a tomar la tesaurización como base de la prosperidad, y por eso fué deformado el agrarismo incaico para concentrar la fuerza de trabajo en la explotación de los metales. Por eso, José Luis Múzquis de Miguel y Jorge Basadre otorgan muy particular atención al estado de la minería, los tumultos entre los mineros y la organización de las mitas en sus ya citados estudios sobre el Conde de Chinchón y el Conde de Lemos. Y por eso acusan ostensibles coincidencias los más recientes estudios de historia económica, a saber: de Pedro Juan Vignale, sobre instalaciones y funcionamiento de *La casa real de moneda de Potosí* (Buenos Aires 1944); de Humberto F. Burzio, sobre *La Ceca de la Villa Imperial de Potosí* (Buenos Aires, 1945), que exhibe una precisa visión de las proyecciones determinadas por los conceptos económicos de la época; y de Manuel Moreyra Paz-Soldán, un breve ensayo sobre unidades, pesos, medidas y relaciones de valores en *La técnica de la moneda colonial* (México, 1945), así como una colección de siete *Estudios sobre el tráfico marítimo en la época colonial* (1944), en los cuales se restablece documentadamente algunos aspectos parciales del comercio entre España y las Indias. Pero, además de estos estudios, han aparecido relaciones que transmiten puntos de vista y observaciones de los propios gestores de la economía colonial: dan noticias sobre las relaciones sociales determinadas por el trabajo extractivo, y constituyen animada crónica de una población alucinada por la riqueza, tumultuosa y a veces tan irreverente ante el pensamiento oficial como el azar de la

fortuna lo era con sus ambiciones, tal como en las nutridas páginas de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (Buenos Aires, 1943), escrita por Nicolás de Martínez Arzanz y Vela, y publicada en edición princeps por Gustavo Adolfo Otero; o a la luz de los conocimientos de la época, enjuician la administración colonial, como en el "discurso segundo" (Durham, 1945) de las decenas que Francisco López de Caravantes dedicó a materias conexas.

Las esencias culturales, que son palmario y cristalino reflejo de la estructura socio-económica, han sido lucidamente desveladas en algunos de sus aspectos fundamentales. Y con ello ha ganado nitidez y donaire la imagen del conjunto, usualmente concebida en todos de escasa sugestión. Me refiero, sobre todo, a la *Historia del arte dramático en Lima durante el virreinato* (Madrid, 1945), documentado y castizo estudio de Guillermo Lohmann Villena, que ha redimido de injusto olvido una vasta y a veces brillante actividad cultural y social, y ha renovado en toda su integridad una importante fase de la historia literaria. Por su coherencia y objetividad, es atractiva la visión expuesta por Bailey W. Diffie en su tratado sobre *Latin-American Civilization, colonial period* (Harrisburg, Pa., 1945). Y aunque demasiado ambicioso por la amplitud de su comprensión, atraen los puntos de vista y la agilidad en el ensayo que Mariano Picón-Salas ha dedicado al tránsito *De la conquista a la independencia* (México, 1944), o sea, a los "tres siglos de historia cultural hispanoamericana" durante los cuales se produjeron problemas tan complejos como el encuentro de las culturas india y occidental, la transculturación y la creación de una cultura propia. Pero, además, corresponde particular significación a los estudios concernientes a la presencia de América en la cultura universal, que aparentemente tienen por objeto hacer exégesis de los conceptos admitidos en la época de la ilustración al juzgar la naturaleza y las posibilidades americanas, aunque en verdad constituyen decisivo y puntual alegato en defensa de los valores determinados por la realidad y el

destino histórico del Continente. Tal se advierte en las *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo* (1943, 1944 y 1946), a través de las cuales dilucida Antonello Gerbi la exactitud o inexactitud de las teorías que acerca de América expusieron naturalistas y filósofos como Buffon, De Pauw y Hegel, así como la mayor o menor agudeza de las réplicas que indirectamente dedicaron a esas teorías algunos americanos tan ilustres como Llano Zapata, Unánue y Caldas; en la elogiosa crítica que el propio Antonello Gerbi tributa al panegírico sobre la Universidad Mayor de San Marcos escrito por *Diego de León Pinelo contra Justo Lipsio* (2 fascículos, 1945-1946); y en el sobrio ensayo de Carlos Radicati di Primeglio en torno a las "Cartas Americanas" de *Juan Reinaldo Carli, economista y americanista del siglo XVIII* (1944).

### *Lima, ciudad de los reyes*

Con historia y tradición tan ricas y polícromas como las de esas viejas urbes por cuyas calles han desfilado los sucesos de épocas enteras, Lima impone su silueta de ciudad acariciada por las musas. Antiguos hechos, que las crónicas olvidaron consignar, afloran hoy en documentos exhumados literalmente o en las relaciones de escritores que aman el encanto de sus rincones y la prestancia de sus anales. Más plena en su verdad y más caudalosa en sus incentivos poéticos, la fundación de los conquistadores y la morada de las más combatidas inquietudes libertarias está cubriendo cabalmente su lugar histórico. Y lo significativo de la inquietud que suscita Lima puede encontrarse en un hecho: el tácito reconocimiento de José Gálvez como cronista de la ciudad, por su singular dedicación al relato de su pasado y la pintura de cuanto es perenne en su fisonomía, hoy haría vacilar a más de uno, que tuviera presentes los severos trabajos de Juan Bromley y Luis Antonio Eguiguren.

Cierto es que José Gálvez ha mostrado una modalidad de evocación que apenas se halla apuntada en *Una Lima que*

*se va* (1921) y en *Estampas Limeñas* (1935). Pues asomaba allí la tradición en trance de finiquitar, recogida de la memoria que aún le consagraban sus protagonistas supervivientes o de la observación hecha en los umbrales del siglo, y apenas si como accidente o matiz asomaba el pasado remoto. Pero en *Calles de Lima y meses del año* (1943) surgen animadas estampas del origen y transformaciones de algunas costumbres típicas de la ciudad, y a su conjuro desfilan los personajes que las alentaron, al tiempo que la decoración urbana recobra los contornos perdidos bajo la piqueta del progreso. La añoranza saudosa y la remembranza exacta quedan así aliadas, y confieren nuevo carácter a la oración laudatoria del enamorado de su ciudad.

Por muy distinto camino ha llegado Juan Bromley. Restableció la inspiración y los motivos de los símbolos empleados en *El estandarte real de la ciudad de Lima* (1927); y, a través de una prolija información histórica, describió *La fundación de la Ciudad de los Reyes* (1935). Después sucedió a Bertam T. Lee en la descifración y comentario de los *Libros de Cabildos de Lima* (Tomos X-XIII, 1942-1945), en los cuales se halla la más sustanciosa crónica de los sucesos locales, realizada ahora por los minuciosos *Indíces* (1946) que Sophy Schofield ha preparado para hacer accesibles los datos del primer siglo de historia local (1535-1601). Y, en colaboración con José Barbagelata, ha trazado la perspectiva de la *Evolución urbana de la Ciudad de Lima* (1945), insistiendo en el estado que presentaba al comenzar el siglo XVII. Pero la familiaridad con personajes y sucesos, costumbres y fama sorprendidos en el pasado limeño, tras el cristal del estudio continuado, ha dado por fruto una primera serie de tradiciones históricas, amablemente enlazadas a *Virreyes, cabildandes y oidores* (1944). De manera que el documento parece haber revelado a Juan Bromley su poesía y el acento de la vida.

Importantes son, también, los ensayos y semblanzas de Luis Antonio Eguiguren sobre *Las Calles de Lima* (1945) y

las típicas ocurrencias a las que sirvieron de escenario en viejos tiempos; pero se diría que son provisorios, y que las vías urbanas han sido tomadas como pretexto para alinear personas y hechos de los cuales se había sorprendido rasgos ignorados, o a los cuales era posible asociar en el tiempo y el espacio. Y, aunque introduce al conocimiento de su realidad actual, el panorama histórico de *Lima, Ciudad de los Reyes* (1946) cobra dinamismo y gracia debido a la intensa vida que sus figuras y sus costumbres representativas adquieren, al ser evocadas por Aurelio Miró-Quesada Sosa, que antes supo captar la estampa de su santo mulato y de sus artífices.

### *Historiadores de la independencia*

Aunque las autoridades virreinales pretendieron sofocar los brotes del poder social ganado por esforzados varones, merced a su fortuna y su prestancia intelectual; y aunque la conducta y el pensamiento de los hombres fueron tenazmente celados por esbirros y censores; lo cierto es que el propio régimen colonial dió origen y forma a los anhelos liberales, expresados primero en la protesta contra el despotismo y luego en la lucha emancipadora. Con atrayente novedad, pero logrando sólo una comprensión del proceso desde el punto de vista español, y aproximándose a veces sensiblemente hacia un criterio inficionado por prejuicios contemporáneos, lo ha visto Salvador de Madariaga en su *Cuadro Histórico de las Indias* (Buenos Aires, 1945); su novedad reside en las proyecciones sociológicas y el aliento crítico del estudio que efectúa para explicar la génesis de la independencia, pero sus prejuicios actuales lo han inclinado a conceder demasiada importancia a la psicología hispánica y a proyectar hacia el pasado las circunstancias de la España escindida por la contienda civil; y esto es tanto más sensible cuando se advierte cómo negligente es la influencia del desarrollo interno de América y desconoce fundamentales testimonios de los gestores de la independencia. De muy distinta índole es la revisión de *La*

*Gesta Emancipadora del Perú 1780-1826* (12 volúmenes, 1940-1943), debida a José M. Valega, porque su autor ha sido ganado por la elocuencia del documento y el testimonio y con frecuencia funge como coordinador de ellos, privando de uniformidad a su exposición. Diríase que su deseo de provocar el juicio individual del lector lo conduce a insertar la fuente del dato aunque ésta suele consignarse en las relaciones bibliográficas o los apéndices documentales; o que ansía despertar alguna vocación de investigador y acopia los materiales básicos para el trabajo de construcción histórica; pero estos posibles criterios no son consecuentemente aplicados, porque faltan las guías de acceso al material publicado y, a pesar de su relativa amplitud, éste es parcial. El resultado presenta, desde luego, contrastes tan notorios como el siguiente: el primer volumen expone —más o menos amplia o someramente, y transcribiendo sólo algunas piezas documentales— los hechos ocurridos desde 1780 hasta 1819, y, en cambio, un episodio secundario, como el proceso seguido por orden de Bolívar al general Juan de Berindoaga, ocupa cuatro volúmenes (8-11), porque ha sido transcrito en toda su extensión el respectivo expediente judicial.

Es grato a la crónica de sucesos concebir la revolución de José Gabriel Túpac Amaru (1780) como arranque del proceso histórico de la independencia. Pero la duración, los caracteres y las proyecciones excepcionales de aquella gesta dan a entender que la realidad socio-económica estaba ya en pugna con el régimen colonial. Lo habían revelado las *Noticias Americanas* (Buenos Aires, 1944) que Antonio de Ulloa comunicó a los españoles en 1772, para subsanar su deficiente conocimiento del Nuevo Mundo. Pero, con más alto y claro énfasis, lo puso en evidencia el famoso discurso pronunciado en 1781 por José Baquíjano y Carrillo, durante la recepción tributada en la Universidad Mayor de San Marcos al virrey Jáuregui, quien desdeñó las advertencias de la filosofía —“que la felicidad y desahogo del vasallo es el específico precioso, el óleo favorable que allana, asegura y facilita el áspero mecanismo del imperio”— y reprimió sangrientamente a los auto-

res y seguidores de la citada revolución. Último estallido de las ilusiones incaístas, sería pronto seguido por el notable cambio que en la vida peruana entrañó la ingerencia de criollos y mestizos en el movimiento rebelde, y aquél es por eso un momento decisivo. Pocas décadas hacía que las poblaciones indias fueran estremecidas de secreto gozo por las incursiones de *Juan Santos, el invencible* (1942), de cuya vida y hechos dan cuenta una serie de documentos inéditos recopilados por Francisco A. Loayza. Y al trazar una Breve historia de las *Rebeliones indígenas* en el siglo XVIII (1946), Daniel Valcárcel ha ofrecido una importante visión de la inquietud y las intermitentes revueltas que en el siglo de las luces debieron alentar las teorías sobre la tendencia del "buen salvaje" a la recuperación de su libertad natural.

Dando culminación a esa inquietud, surge, en su trascendencia definitiva y sin par, *La rebelión de Túpac Amaru* (México, 1947<sup>3</sup>), acuciosa y tenazmente estudiada por el propio Daniel Valcárcel, quien ha querido anticipar una comprensiva síntesis de su trabajo. A base de la documentación que al respecto poseen los archivos de la capital argentina, Boleslao Lewin ha estudiado la personalidad de *Túpac Amaru, el rebelde* (Buenos Aires, 1943), pero tomándola en verdad como elemento de referencia, para escrutar en la organización social de la época y para convocar un desfile de los conspiradores y revolucionarios que entonces amagaron la seguridad de la Audiencia de Charcas y el Virreinato del Río de La Plata. Con laudable prolijidad, Francisco A. Loayza ha contribuido al mejor conocimiento de las causas sociales y los episodios de la gran rebelión indígena, mediante la adecuada ordenación de testimonios y documentos justificativos: la memoria de Juan Bautista Túpac Amaru sobre aquellos *Cuarenta Años de Cautiverio* (1942 y 1945) que le hicieron conocer la lobreguez de las prisiones españolas y únicamente fueron interrumpidos merced a la independen-

<sup>3</sup> Véase la reseña de este libro por Emilia Romero en R. H. A. No. 25, pp. 242-244.

cia americana; la *Genealogía de Túpac Amaru* (1946), según documento presentado a la Real Audiencia de Lima por el caudillo indio, a quien ya anima su orgullo incaísta, hostigado tal vez por la dureza de la situación que soportaban los indios y cuyos extremos aparecen en dos testimonios anejos; documentos sobre los *Mártires y Heroínas* (1945) que la familia de Túpac Amaru dió en esos años; *La Verdad Desnuda* (1943) acerca de la conducta observada durante la revolución por el obispo de Cuzco, según la relación de Un Imparcial Religioso; y, con algunas piezas epistolares del referido obispo, las importantes observaciones de Raphael José Sahuaraura Titu Atauchi sobre el *Estado del Perú* en 1780 (1944). Además, han merecido sendos ensayos dos protagonistas de episodios locales de la gran revolución, ensayos a los que se ha debido dar la forma de biografía novelada en atención al carácter de los hechos y la modalidad del conocimiento histórico: se refieren al general Pedro Vilca Apaza, presentado por Lizandro Luna como *El Puma indomable* (1944), y Julián Apaza, que extendió al Alto Perú la rebeldía del indio cuzqueño y adoptó entonces el nombre de *Túpaj Katari* (México, 1944), bajo el cual lo sigue Augusto Guzmán en un intenso relato.

Pese a la crueldad con que fueron sofocados los rescollos de la inquietud revolucionaria provocada por el alzamiento de Túpac Amaru, los postreros lustros del siglo XVIII alentaron los ideales de la ilustración y el derecho natural. Para difundir las luces nació el periodismo, cuyos comienzos ha estudiado Ella Dunbar Temple: ya, al presentar una *Idea económica del Perú colonial a través de los periódicos limeños del siglo XVIII* (Cultura Peruana: No. 8; Lima, julio de 1942); ya, al estudiar la trascendencia de *El Semanario Crítico* (1943) en el periodismo peruano de aquella época. Y a los difusores de las luces fué, justamente, a quienes tocó afrontar los problemas engendrados por la crisis dinástica, al constituir los organismos de gobierno que en nombre del rey asumieron la dirección de la metrópoli y sus colonias, o al

derivar hacia la reivindicación de la autonomía. Fundamentos y repercusiones, alternativas y soluciones transitorias de esa crisis, aparecen nítida y sobriamente en la *Memoria de Gobierno* (Sevilla, 1944) que el virrey Abascal presentó a su sucesor tras diez años de intensa gestión y que en 1872 fuera publicada por Odriozola (Documentos Históricos del Perú, Tomo II), en forma fragmentaria y deficiente; de manera que el conocimiento de los sucesos ocurridos en esa época se encuentra, ahora, firmemente asenderado por el más importante e integral documento a que pudieron dar motivo. Sus informaciones han sido ampliadas y esclarecidas en lo referente a dos episodios: la expedición rioplatense que amagó las provincias sureñas al ganar las inmediaciones del río Desaguadero, ha sido tratada en el estudio de Julio César Chávez sobre la personalidad y la acción de *Castelli, el adalid de mayo* (Buenos Aires, 1944); y *La Constitución de Cádiz de 1812* (1946) ha permitido a Luis Alaiza y Paz Soldán establecer la intervención que en sus dictados cupo a los diputados peruanos y, en particular, al limeño Vicente Morales Duárez, que presidió las Cortes en aquella ocasión y recibió el tratamiento de “majestad”.

### *Sanmartinianos y bolivaristas*

Harto sabido es que la independencia peruana atrajo la cooperación de las “secciones” que al Sur y al Norte habían logrado ya su autonomía, y que, en acuerdo con los patriotas del país, se consideró tarea común el abatimiento del bastión español en América. Tanto en las logias de la península como en las campañas de países diversos, los liberales se hallaron identificados por su odio al despotismo y se sintieron en centro propio cuando les era posible combatirlo, porque así combatían por la Patria. Con su acción, cada uno de esos liberales llevaba *El Perú, más allá de sus fronteras* (Buenos Aires, 1944), conforme lo ha intuído Santiago E. Albornoz en sus documentados estudios sobre la participación de los

peruanos en la resistencia española contra las tropas de Napoleón y, principalmente, sobre el general Ignacio Alvarez Thomas, el Gran Mariscal Toribio de Luzuriaga y José Darrigueyra, peruanos que intervinieron de manera sobresaliente en la emancipación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y que trabaron entonces la fraternidad de armas continuada en la expedición de San Martín. Por su parte, el coronel Daniel Matto ha trazado la *Biografía de Ignacio Alvarez Thomas* (1944), para subrayar la airosa carrera del militar peruano que alternó con José Rondeau en el Supremo Directorio de las Provincias Unidas.

Las avanzadas rioplatenses habían evacuado el Alto Perú y aún eran hostigadas por los realistas. Era evidente que las distancias impedían fiar la destrucción del poderío militar español a la suerte de una campaña terrestre. Y el general José de San Martín concibió, en Mendoza, nuevos proyectos libertadores. Pasó los Andes y logró la independencia de Chile. Desembarcó en costa peruana, ocupó Lima y proclamó la independencia de Perú. Su acción decisiva ha dado motivación a cantos, biografías y estudios, de orientación y calidad múltiples, que integran un ciclo netamente limitado. Por ejemplo: las biografías de Armando Bazán (*El Inmortal de los Andes*: Santiago de Chile, 1924), Eugenio Orrego Vicuña (*Vida de San Martín*: Buenos Aires, 1943), Humberto Tejera (*José de San Martín, Libertador*: México, 1945) y C. Galván Moreno (*Cronología de San Martín*: Buenos Aires, 1945) tienden a satisfacer un interés elemental; en cambio, la de Margaret H. Harrison (*Captain of the Andes*: New York, 1943) ofrece a los norteamericanos un inteligente sondeo en un jirón del alma y el pasado hispanoamericano. Elogio del guerrero y de su gesta, del político y su generosidad envuelven las de Juan María Gutiérrez (*Biografía del general don José de San Martín*: Buenos Aires, 1945) y Ricardo Rojas (*San Martín, Knight of the Andes*: Garden City, 1945). Compendiosa e informada es la biografía de C. Galván Moreno sobre *San Martín, el Libertador* (Buenos Aires, 1942 y 1946), que alía la restauración

histórica a una sobria visión de la trayectoria individual, y destaca razonadamente los altos relieves morales del hombre y el gobernante. Pero más notables sugerencias desenvuelve el estudio de Augusto Barcia Trelles (5 volúmenes: Buenos Aires, 1941-1946), que introduce al conocimiento de *San Martín* con un vasto y profundo análisis de las proyecciones fijadas inicialmente al movimiento liberal americano y la trascendencia que en realidad alcanzó, y luego sigue minuciosamente la vida del genial caudillo, aportando modos de ver que antes estuvieron vedados a los devotos y que favorecen algunas enmiendas en la perspectiva de la época, e identificando las influencias y los propósitos que aparecen en los principales episodios políticos y militares.

Los estudios especializados ahondan y amplían las tradicionales noticias de esa gesta, o aportan atendibles puntos de vista sobre los alcances de la participación que en ella cupo a los cercanos colaboradores de San Martín, o invitan a posteriores y más completas investigaciones. Lo primero ocurre con la *Historia del Regimiento de Granaderos a caballo* (Buenos Aires, 1945), en la cual ha sabido destacar Camilo Anschütz uno de los más importantes elementos de la campaña emancipadora. Lo segundo, con el ensayo de Enrique Bunster en torno a la personalidad de *Lord Cochrane* (Santiago de Chile, 1943); y con los recientes trabajos que a la vida y las ideas de Monteagudo han dedicado Estraton J. Lizondo (*Monteagudo, el pasionario de la libertad*: Buenos Aires, 1943) y Oriel Menéndez (*Actividades e ideas de un gran revolucionario*: Buenos Aires, 1943). Y lo último, o sea, el escarceo perfectible, se halla en la glosa documentada que Fernando Gamio Palacio ha publicado, sobre *La Municipalidad de Lima y la emancipación* (1944).

Las dificultades de la guerra contra el poderío español exigieron que San Martín delegara el poder civil y emprendiera viaje, para comprometer el auxilio del "militar afortunado" que ya había consolidado la independencia de Colombia. Las conversaciones de los dos caudillos fueron enteramente reservadas, y sólo a base de sus resultados prácticos

fué posible especular en torno a las opiniones vertidas en ellas. Tal hecho estimuló en el pasado la fantasía de algunos historiadores, y no hace mucho que alentó la presentación de documentos apócrifos, a base de los cuales fué elaborada una versión antojadiza. Contra ésta y aquéllos reaccionó Vicente Lecuna, determinándose a ofrecer un estudio sobre la *Conferencia de Guayaquil según las relaciones dictadas por Bolívar y los documentos correspondientes a todos los acontecimientos que la precedieron y motivaron* (Caracas, 1943). Después de ese evento retiróse San Martín, el Congreso peruano invitó a Bolívar, los realistas asediaron a Lima, surgió la disensión civil. Y un episodio arrancado a tan compleja situación, la ejemplar virtud de un patriota, han dado pretexto a Luis Antonio Eguiguren para evocar personas y problemas de entonces: porque, en rigor, *El mártir pescador José Silverio Olaya y los pupilos del Real Felipe* (1945) son sólo figuras indiciarias del hondo drama que vivía la Patria y que otros personajes representaban en la escena histórica.

La fulgurante carrera de Bolívar, enlazada a los destinos de cinco pueblos, también ha dado tema y límites a un ciclo literario e historiográfico. Su propia pluma le confiere vuelo de altura y señala huellas claras a los estudiosos de su personalidad y su acción, como ha sabido comprobarlo Diego Carbonell, ordenador de una llamativa *Autobiografía* de Bolívar (Buenos Aires, 1945), en la cual aparecen las referencias que acerca de sí mismo insertó el Libertador en sus piezas epistolares y políticas. Y lo comprueban las ediciones que recogen y glosan los documentos donde aparecen, con particular elocuencia, su carácter y su pensamiento. En cierta manera, la tarea de los biógrafos es, por eso, fácil y airosa: tanto, como en la *Vida Heroica de Simón Bolívar* (Caracas, 1943), presentada a los niños por Elías Pérez Sosa, o en los relatos divulgatorios de José Antonio Cova (*Vida de Bolívar*: Buenos Aires, 1943) y Hendrick Willhelm Van Loon (*The life and time of Simon Bolivar*: Nueva York, 1943; y Buenos Aires, 1945). Pero, por idéntica razón, los estudios bolivaristas denuncian prontamente la novedad de su conte-

nido y sus enfocamientos, o la adaptación a noticias y caracterizaciones del dominio vulgar: evidente, aquéllo, en el estudio del coronel Manuel C. Bonilla sobre el combate de *Colpabuaico, 3 de diciembre de 1824* (1944), muy parcial, pero de positivo interés en cuanto afecta al exacto conocimiento de la "Epopeya de la Libertad"; y muy claro, lo segundo, en las apuntes más o menos tautológicas sobre *Bolívar, Perú y Bolivia* (1943), que Luis Humberto Delgado ha querido coordinar, con ánimo de parecer bolivarista. Otros trabajos, referentes a hechos y personajes de la época, arrojan luz sobre la actuación de Bolívar en Perú, a saber: una fase novelesca de su vida política y sentimental ha quedado desvelada en la biografía de *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador* (Cali, 1944; y Buenos Aires, 1945), amena y bien informada realización de Alfonso Rumazo González; la personalidad de *Choquebuanca, el Amauta* (1946), aquel orador indio que en Pukara saludó a Bolívar con una sorprendente oración, ha sido restablecida con severa prolijidad por Lizandro Luna; y el vencedor de Ayacucho ha suscitado sendas y elogiosas biografías de Laureano Villanueva (*Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*: tercera edición, Caracas, 1945) y José Antonio Cova (*Sucre, Ciudadano de América*: Caracas, 1943; y Buenos Aires, 1944).

### *Historiadores de la República*

Concluídas las guerras de la emancipación, la sociedad peruana pareció haber alcanzado la madurez propicia a la felicidad general. Facilitarla era el anhelo que animaba, a la sazón, cuantos esfuerzos se acometían para ordenar las relaciones sociales y establecer bases convenientes a su desenvolvimiento normal. Y la historia del país muestra, desde entonces, las alternativas entre esa aspiración colectiva y las ambiciones particulares, entre las honestas exigencias del patriotismo activo y las tendencias egoístas de la oligarquía.

Así aparece en los *Mensajes de los Presidentes del Perú 1821-1899* (2 volúmenes, 1943-1945), documentos dispersos y a veces difíciles de hallar, cuyos datos son ahora de fácil acceso gracias a la plausible colección que de ellos han hecho Pedro Ugarteche y Evaristo San Cristóval; expresan el anuncio de empresas tendentes al bien público, la promesa de conducir la vida hacia la felicidad deseada, y su confrontación con la realidad social e histórica deja ver cuántos anuncios y promesas han sido completamente olvidados, cuántos están hoy por cumplirse. Pero también fueron contrastadas por las guerras exteriores aquellas ilusiones que la independencia alentó, y las medidas de emergencia impusieron pausas y sacrificios de imposible mensura; por eso el general Carlos Dellepiane expone en su *Historia Militar del Perú* (1931, Buenos Aires, 1943 y 1945), los problemas de táctica y estrategia, sin olvidar los problemas civiles que influían sobre la situación moral de la retaguardia, y logra un estudio que, sin hacer concesiones a la estrictez de la especialización, adapta el hecho técnico o el punto de vista profesional a una percepción integral del complejo histórico. Y, no ya desde el documento, ni como reflejo de una tensa situación internacional, sino en su calidad múltiple y dinámica, la vida nacional aparece en la *Historia de la República del Perú 1822-1908* (tercera edición aumentada, 1946), historia que Jorge Basadre ha sabido convertir en relato y enjuiciamiento del proceso político y social, económico y jurídico, ideológico y cultural del país, y que, por ende, es análisis espectral del carácter y la conducta de este pueblo que aún pugna por realizar su destino.

En dos fascículos, y aplicando el criterio antes mencionado, José M. Valega ha expuesto los sucesos acaecidos en la *República del Perú 1827-1833* (1945), o sea, durante los años caracterizados por la ardua oposición entre liberales y conservadores, y por la presencia dominante del general Agustín Gamarra en la vida política nacional. Atraído por la personalidad de este caudillo, Miguel A. Martínez ha ensayado su biografía (*El Mariscal de Piquiza, don Agustín Gamarra,*

1946), a base de bibliografía conocida; en cambio, Agustín M. Paredes ha enfocado sólo un episodio de su actuación, en el estudio sobre *El Gran Mariscal Agustín Gamarra en Huancayo y la Carta Política de 1839* (Huancayo, 1944); y, recordando una póstuma confesión escuchada por su padre, Alfredo González Prada ha sostenido que la muerte de Gamarra, en Ingavi, fué el fruto de una venganza, *Un crimen perfecto* (Nueva York, 1941) que nadie sospechó y que Jorge Basadre ha rechazado (1945), apelando a serias observaciones. En la escena histórica de esos años, aliado a Gamarra primero y adversario suyo después, destaca *Santa Cruz, el cóndor indio* (1944), cuya vida de guerrero y político adquiere contornos novelescos en la evocación de Alfonso Crespo, y deja cabal noción de un carácter tenazmente dirigido a su objetivo.

Al desaparecer Gamarra, las ambiciones de los caudillos militares quedaron privadas de freno, y el equilibrio de la vida política sólo fué restablecido por el advenimiento del general Ramón Castilla, el más afortunado y cazurro de todos los caudillos, y el más eficaz organizador de las instituciones republicanas. Con ribetes de crónica o biografía novelada, Jorge Dulanto Pinillos ha seguido la trayectoria de *Ramón Castilla* (1944 y 1945), móvil y amena, aunque en ciertos pasajes haya resultado esquiva la amplia complejidad de los datos contenidos; aquella vida, tan rica en acción y muestras de ingenio, es por sí sola una palpitante invitación a la novela o a la epopeya, es ánimo que alienta al relator y da su propio brillo a la frase que sus hechos cuenta. En su tiempo fué alternativamente censurado por liberales y conservadores, debido a la necesaria versatilidad de su política, y ello ha sido destacado por Evaristo San Cristóbal en su breve ensayo sobre *El Mariscal Castilla y el periodismo de su época* (1945).

La guerra con España da término a la monografía del coronel Néstor Gambetta sobre *El "Real Felipe" del Callao* (1945), el fuerte levantado para defender la Ciudad de los Reyes contra los asaltos de los piratas, que durante esa guerra

fuera simbólico bastión de la independencia americana; y la gestión dictatorial del coronel Mariano Ignacio Prado, que hizo posible el triunfo sobre España, ha sido estudiada por Marcelo Sánchez Espinoza en uno de sus aspectos menos conocidos y de más limpio significado democrático, *La abolición de la contribución personal por el Congreso Constituyente Peruano de 1867* (México, 1944). La época de los empréstitos y las obras públicas, que inicia la integración y la modernización de Perú, ha sido descrita a través de dos biografías igualmente reveladoras: la primera, sobre el conductor del país en el curso de esos arduos años, sobre el gobernante que sacrificó su vida en aras de la legalidad, *El Coronel José Balta 1814-1872* (1945), a quien Geraldo Arosemena Garland estudia con bastante objetividad e inteligencia; y la segunda, sobre el constructor de las más audaces líneas férreas que hasta la fecha tiene Perú, sobre el hombre de aventura que escaló una de las más altas cumbres andinas, a quien Watt Stewart califica pintorescamente, *Henry Meiggs, yankee Pizarro* (Durham, 1946). El gobierno había dejado de ser un simple problema de orden, pues las operaciones de crédito fiscal y el desarrollo económico del país exigían dotes especiales, y el partido civil impuso en 1872 a un financista prestigiado, a *Manuel Pardo y Lavalle* (1945), cuya vida ha presentado Evaristo San Cristóval en una elogiosa cronología que antecede a la colección de sus escritos y discursos. Y a la crisis económica, precipitada por la imprevisión y el despilfarro administrativos, suceden la crisis política y la guerra con Chile, el más prolongado y grave conflicto internacional que haya afrontado el Perú republicano: hoy se le estudia con serenidad, en cuanto sus ocurrencias permiten destacar la nobleza, llevada hasta el heroísmo, en el cumplimiento del deber, como aparece en el caso ejemplar de *El Contralmirante Miguel Grau* (1946), visto nítidamente por Geraldo Arosemena Garland; o como aguda prueba de las relaciones internacionales, según lo destacan las *Páginas históricas de la Guerra del Pacífico* (1943), debidas a Luis Felipe Paz-Soldán.

*Perspectiva final*

Si se exceptúa la penetración que en la historia del siglo XX ha efectuado Jorge Basadre, puede afirmarse que aún no están despojados de implicaciones políticas los trabajos referentes a los gobiernos del Perú contemporáneo. Así como hay quienes se declaran pierolistas al cabo de medio siglo del gobierno presidido por Nicolás de Piérola, hay quienes llegan a la historia de las últimas décadas con el espíritu apasionado del adversario o el palaciego. Los juicios carecen de equilibrio y, en cambio, muestran la parcialidad característica del testimonio. El cisma del civilismo (1908) y el predominio del leguismo (1919-1930), son todavía objetos de polémica en el plano nacional; y, en lo internacional, aún no es posible superar las agudas controversias suscitadas por el arreglo del secular diferendo peruano-ecuatoriano (1942), que abre a dos pueblos las amplias vías de la paz.

Desde luego, es difícil establecer relaciones de comparación en las que aparezcan las diferencias de madurez y calidad entre los estudios históricos del período estudiado y los de cualquier otro período semejante. Pero sí es evidente que las ampulósidades retóricas han desaparecido casi en absoluto de la historiografía peruana; que puede advertirse el discernimiento de especial favor a las formas propias de la crítica histórica, si bien varían las modalidades de la exposición; que se acentúa la aproximación a las fuentes del conocimiento histórico. La intensa devoción que propios y extraños ponen en la investigación del pasado peruano denuncia, meridianamente, las ricas vetas que éste ofrece al estudioso y las estrechas interferencias que existen en el desarrollo histórico de Perú y los demás pueblos americanos.

*Alberto TAURO.*

Lima.